



Redes transatlánticas. Intelectuales y artistas entre América Latina y Europa durante la Guerra Fría

Verónica Abrego y Thomas Bremer (Eds.)

Iberoamericana/Vervuert, 2023 (360 páginas)

Primero por la fuerza, luego por un abanico multiforme de medios y motivos, España (Europa) y lo que hoy llamamos América Latina llevan siglos inextricablemente unidas. A partir del siglo xx, después de Martí, de Darío, Vallejo y Neruda y, especialmente, después del penoso episodio de la «polémica del Meridiano intelectual», Europa se avino por fin —o se vio obligada— a mirar a Latinoamérica de igual a igual en la esfera de la cultura. Las guerras que asolaron Europa y España durante la segunda y la cuarta década del siglo forzaron, además, otra visión de las viejas colonias, ahora jóvenes naciones: América como refugio y, una vez más, como «ciudad letrada», de paso o de acogida, para artistas, intelectuales y disidentes de allende el mar.

El término que popularizó Ángel Rama lo traen a colación los propios editores del volumen en la introducción (p. 23), precisamente para hablar de otro hecho histórico que alteró radicalmente las dinámicas transatlánticas y continentales, y que habría clausurado la era bautizada por el crítico uruguayo: la Guerra Fría. Si bien la complejidad y la constancia de las relaciones entre Europa y el continente que colonizó ha sido tal que terminó por dar nombre a todo un campo de los estudios culturales —los estudios *transatlánticos* aludidos en el título—, no es menos cierto que esas relaciones han atravesado cambios drásticos en numerosas ocasiones.

Este, el del «intenso entrelazamiento de actrices y actores culturales ha conformado históricamente un espacio cultural común a ambos lados del Atlántico» (p. 27), y los cambios y particularidades alumbradas por la segunda mitad del siglo xx, son el objeto de estas *Redes transatlánticas*, libro colectivo coordinado por Verónica Abrego y Thomas Bremer. Los estudios aquí reunidos, que comparten una «perspectiva interdisciplinaria y transcontinental», abarcan una abigarrada selección de asuntos y autores que trasciende lo literario para ubicarse en la esfera más amplia de lo cultural, en términos generales: música, periodismo, artes visuales... Una selección, en fin, muy sugerente y que, ante la magnitud del fenómeno estudiado, solo podía ser parcial. Lejos, no obstante, de producir una impresión de carencia, la precisión de cada estudio por separado y el

equilibrio epocal y temático de su conjunto ofrecen una imagen cabal, poliédrica y ambiciosa del objeto de estudio.

Esta impresión de equilibrio nace, en primer lugar, de la sólida, actualizada e inspirada introducción que Abrego y Bremer colocan al inicio del índice, una pieza de notable valor académico por sí misma. Nace, también, de la progresión cronológica que se da en el índice: todos los capítulos que proponen divisiones diacrónicas (como el de Adriana Petra, centrado en el Movimiento por la Paz y María Rosa Oliver «en la primera Guerra Fría», o el de Raúl Asensio, circunscrito a los años 1950-1953 en el Perú) se han dispuesto en orden, de modo que el libro «arranca» apenas al cierre de la II Guerra Mundial y se cierra justo cuando lo hace la década de los 80 y se abre la frontera entre las dos Alemanias. En cierta armonía con esta progresión, clausuran el volumen dos capítulos dedicados a Julio Cortázar, los de Silvina Jensen («Julio Cortázar: militancia antidoctrinal y redes humanitarias transnacionales (1974-1983)») y Verónica Abrego («Julio Cortázar y sus redes transatlánticas»).

Otro factor que contribuye al interés del proyecto es la diversidad de temas y áreas culturales o geográficas tratadas: desde enfoques más abarcadores, como el de María Clara Bernal («Solidaridad: América Latina y Europa. El caso de la revista *Espiral*») o el de Pablo Santa Olalla («Comprender los medios de comunicaciones: las extensiones del *Mail Art*. Cómo los intercambios postales marcaron el capo artístico sud-atlántico en la década de 1970») a calas o inmersiones en fenómenos muy concretos (sería el caso, por ejemplo, de Ricardo Álvarez Bulacio, con «Músicos chilenos de jazz migrante durante el periodo de la dictadura (1973-1989): el caso del saxofonista Raúl Gutiérrez Villanueva»; de «Un museo en el exilio: Mario Pedrosa y el arte como resistencia», de Elisa Amorim Vieira»; o de «Una ciudad inventada: los exiliados homosexuales argentinos en la España de la transición democrática (1973-1983)», de Javier Fernández-Galeano).

Finalmente, y como los propios coordinadores del volumen señalan, algunos ejes temáticos netamente americanos no pueden tampoco desvincularse de sus implicaciones o sus orígenes globales. Atención particular, en un volumen como este, merecería el caso de Cuba, al que Emilio J. Gallardo-Saborido y Jesús Gómez de Tejada dedican un capítulo al alimón («Burocracia para construir una amistad socialista: los acuerdos culturales entre Cuba y Bulgaria (1960-1989)»), y otro tanto ocurre con las dictaduras que se sucedieron por todo el continente y un fenómeno directamente vinculado a ellas: el del exilio. En este sentido, Chile y, algo menos, Argentina ocupan un lugar privilegiado en el índice, como suele ocurrir: a los países conosureños están dedicados los capítulos de Pilar García («Intelectuales chilenos y argentinos: exilio, artes visuales, crítica y nuevas epistemes (1976-1986)»). Stefano Gavagnin,

Laura Jordán González y Javier Rodríguez Aedo («Reporteros, pasadores y padrinos: [las otras] redes musicales del exilio chileno») y Ricardo Álvarez Bulacio, que ya mencioné. No quisiera dejar de destacar una excepción feliz, que a menudo echamos de menos en este tipo de compilaciones: la entrevista personal. En este caso, bajo el título «Los huevos de Europa», Riccardo Boglione recoge su conversación con el uruguayo Clemente Padín. Ágil, inspirada y bien documentada, aporta un valor particular al conjunto, cuya ambición conceptual queda satisfecha con creces.

Ferran Riesgo